

aproximaron con imprudente curiosidad y fueron precipitados al abismo, donde desaparecieron aplastados. El río, dicen mis remeros, aparece allí bajo como una línea blanca, y tan lejos de los ojos (100 metros probablemente de profundidad) que se siente uno desfallecer mirándolo, y tiene que retirarse.

Bien que el borde de la hendidura no presente alteración visible sino en un espesor de 1 metro por la parte en que el agua se precipita, y que la base del muro opuesto me parezca intacta, es probable, sin embargo, que no haya podido resistir á la acción incesante del agua que la mina, y que la parte inferior de la cuenca sea mas ancha que en el sitio en que la superficie del río aparece como una línea blanca: es también posible que haya grietas por las que una porción de agua se filtre por debajo de las rocas.

Si hemos de juzgar por la poca alteración que ha sufrido la cresta de la roca basáltica, la época de la ruptura de esta roca no debe ser muy antigua, geológicamente hablando. Siento no poder medir exactamente su anchura por el punto de la cascada, con el fin de que se supiera luego si permanece ó no estacionaria.

Tres jefes batokas eligieron, para ofrecer sus oraciones á los *barimos*, la isla en que nos hallábamos y otros dos parajes mas en las inmediaciones. Para orar se colocaban en frente de la nube que se eleva de la cascada, uniendo sus rezos al estrépito de las aguas. De este modo debían sentir una emoción profunda: el mismo río tiene también algo de misterioso para los habitantes de esta comarca.

«Nadie sabe de do viene,
Nadie sabe á dónde va.»

Esta canción entonan los remeros de Zambese.

Volviendo á Kalai, descubrimos la choza en que se habían colocado las mercancías y los víveres que me había enviado Mr. Moffat por medio de Mosilikatsé; y Sekeletú me aseguró que nadie hubiera tocado á esto, aunque hubiera yo muerto en mi viaje, merced al extraordinario temor que habían inspirado.

VI.

Las cataratas del Zambese en los establecimientos portugueses.

13 diciembre.—El país está surcado de profundos y bellos valles: las rocas subyacentes de formación plutónica, han producido un suelo en gran manera fértil, en cuyos pastos se ven numerosas manadas de búfalos y otros animales corpulentos.

Entramos en el mas hermoso valle del mundo; en él abunda aun mas la caza mayor. Viendo acostado sobre la yerba á un búfalo, me dirigí á él con la esperanza de procurarnos carne fresca y le metí tres balas en el cuerpo. Sin embargo, quiso embestirnos, y

para ponernos en cobro corrimos hácia unas rocas; pero antes de alcanzarlas, tres elefantes, atraídos sin duda por el ruido, nos cortaron la retirada, aunque al fin nos dejaron llegar á ellas. Entre tanto el búfalo se escapó, aunque mal herido; y por no quedar completamente burlados, envié otra bala á uno de los elefantes, rompiéndole una pata delantera con gran contentamiento de mi gente. Otra bala en la cabeza lo puso á nuestra disposición.

Mientras que ellos lo despedazaban, gran número de habitantes del país vino á tomar parte en el festín. Estábamos en la rampa de un delicioso valle, y yo me alejé del ruido para examinar el terreno, cuando ví á la estremidad del valle otros dos elefantes, uno grande y otro pequeño. Con ayuda del antejo distinguí á algunos de mis compañeros que se dirigían hácia los dos animales. Subí entonces sobre la colina para seguir con la vista aquel combate, y ví que el elefante hembra, no sospechando aun la proximidad del enemigo, lactaba tranquilamente á su cria, que podría tener unos dos años; luego se dirigieron madre é hijo á un gran remanso de agua fangosa, donde se metieron los dos pacíficamente. De pronto resonó la algarada del enemigo. Los elefantes levantaron las orejas, y conociendo el peligro salieron del remanso en el momento de llegar los cazadores. El hijo escapó entonces, mas tímido ó ligero; pero muy luego volvió cerca de la madre, quien se puso entre él y los cazadores para resguardarlo del peligro, y aun le pasó muchas veces la trompa por el lomo á fin de tranquilizarlo. Así emprendieron la retirada, volviéndose de vez en cuando la madre para mirar á sus enemigos que continuaban mortificándola; luego alcanzaba al elefantillo con cierta indecisión, como si dudara entre el deber de amparar á su hijo y el derecho de castigar á sus injustos agresores. Estos estaban á unos 100 pasos detrás ó los lados, hasta que los elefantes se vieron obligados á atravesar un riachuelo. El tiempo que emplearon en pasarlo permitió á los cazadores ganar terreno, y ya á unos 20 pasos dispararon sus venablos. Toda ensangrentada por sus heridas, la pobre madre emprendió la fuga sin cuidarse ya al parecer de la cria, mientras yo enviaba orden de no atacar al elefantillo que seguía á la madre con la presteza que le era posible, porque estos animales no tienen galope. Pero cuando llegó mi orden estaba muerto ya. Los pasos de la madre eran cada vez mas lentos; despues se volvió, y dando un mugido de dolor ó de rabia, se lanzó sobre los cazadores, que tuvieron que dispersarse para no ser víctimas de aquella fiera. Despues de cargar dos ó tres veces mas sobre ellos, aunque sin alcanzar á ninguno, se arrojó falta de sangre, y murió.

Yo no pude seguir todos los pormenores de la caza distrayendo mi atención en mirar aquel cielo tan

puro en que se veían á la vez el sol y la luna: por otra parte me repugnaba á aquel cruel espectáculo, y sentía en verdad que destruyeran tan nobles y útiles animales, por mas que su muerte me pusiera en posesión del marfil de sus colmillos. Lo sentía, y sin embargo, yo mismo había muerto un elefante. ¿Por qué somos tan indulgentes con nosotros mismos?

El elefante que yo había muerto era un macho que aun no había llegado á su completo desarrollo; pero tenía de altura 2 metros y 54 centímetros, la circunferencia de uno de sus pies delanteros era de 1 metro y 10 centímetros, que multiplicados por 2, dan 2, 20. La hembra si había llegado á su desarrollo completo y media 2 metros y 64 centímetros de alzada y la circunferencia del pie era de 1 metro, 22 centímetros; multiplicados por 2, 2, 44. La alzada de los machos de este país es en general de 3 metros, como mas tarde hemos tenido ocasión de comprobarlo, siendo la circunferencia del pie de 1 metro y 46 centímetros multiplicados por 2, 2, 92.

Damos estos detalles, porque se ha observado que dos veces la circunferencia de la huella del pie delantero, da la altura del elefante. Como la huella es verdad un poco mayor que el pie, la medida viene á salir exacta. Sin embargo, las cifras que acabamos de dar, demuestran que este cálculo es aplicable especialmente á los adultos. En el Sur del Africa, basta la alzada del elefante para distinguirlo del de la India. Aquí la diferencia es mucho menos sensible, siendo la hembra de casi igual corpulencia que el macho ordinario de la especie asiática; pero la oreja de la raza africana es un signo muy distinto para no equivocarse. La oreja de la hembra cuya muerte hemos referido, tenía un metro y 35 centímetros de longitud y 1, 22 de latitud. He visto á un negro guarecerse completamente de la lluvia debajo de una oreja de elefante; la de la especie india solo tiene una tercera parte de esta dimension. Los elefantes representados en las medallas antiguas prueban que este carácter distintivo no se escapó á los antiguos. Cuvier ha dicho que era mejor conocido de Aristóteles que de Buffon.

El deseo que tenía de volver al Zambese me ha obligado á atravesar la montaña por las cercanías de la desembocadura del Kafué. La distancia que teníamos que salvar y que á vuelo de pájaro es poca cosa, nos ha entretenido tres dias. Nuestros bueyes se han fatigado tanto, que ha sido preciso matar algunos. En el tránsito hemos visto muchos elefantes y mi gente ha perseguido tres de ellos.

Desde lo alto de la rampa exterior, el cuadro que se despliega á nuestra vista es magnífico. A poca distancia del pie de la montaña serpentea el Kafué por en medio de una planicie cubierta de bosques, y va á confluír al Zambesé que se ve á lo lejos flanqueado

por las sombrías montañas que cierran el horizonte.

En el momento en que veo estas alturas, está velada su base por vapores que se estienden á lo largo del río. En la márgen izquierda del Kafué, centenares de cebras, búfalos y elefantes pacen sosegadamente.

Al atravesar un bosque de esta region fuimos embestidos por una porción de búfalos sorprendidos á nuestra vista. Uno de nuestros hombres fue cogido por uno de estos ruminantes, que lo paseó en sus cuernos gran espacio antes de arrojarlo al aire; pero por fortuna solo sufrió algunas contusiones. Un poco mas allá el país está infestado de *tselsos*. Estos insectos son una especie de moscas provistas de un aparato para chupar la sangre del animal, despues de haber introducido en la picadura el fluido venenoso que lleva en una vejiga debajo de la trompa.

Aunque estamos ya cerca de los establecimientos portugueses, seguimos viendo mucha caza: mis hombres acaban de matar seis búfalos pequeños que formaban parte de una gran manada. La abundancia de estos animales y de los antílopes demuestra que no bastan las flechas para disminuir su número. Hay también por estos parajes muchas hienas y leones, que se multiplican, sin que nadie piense en destruir estos últimos, pues creen los naturales que trasmigran á ellos las almas de sus jefes muertos; creen también que un jefe vivo tiene el poder de metamorfosearse en leon cuando quiere matar á alguno: por eso cuando se encuentran alguna de estas fieras dan solo unas palmadas, lo cual es su modo de saludar.

De aquí resulta una multiplicación prodigiosa de estos animales terribles, que obligan á pasar la noche sobre los árboles á los pobres viajeros que no pueden llegar á poblado.

VII.

Llegada á los establecimientos portugueses.—Senna.—Fuerte de Quilimani.—Adios á los makololos.—Fin de este primer viaje.

El gobernador de Teté, señor Araujo Sicard, me ha recibido perfectamente y se esfuerza en mejorar mi estado de salud, insistiendo en que permanezca á su lado un mes á lo menos, para que pueda luego con mas vigor arrostrar las molestias del insalubre país que he de recorrer. Ha alojado á mis hombres en una de sus casas hasta que levanten sus tiendas, preservándolos así de las picaduras de los *carapatos*, que producen una fiebre peligrosa. Los nomeópatas sabrán con placer que los indígenas aplastan este insecto y lo hacen entrar en el medicamento que emplean contra su misma picadura.

La aldea de Teté está situada en un declive que desciende hasta la orilla del Zambese. Las rocas que

constituyen la márgen son grises y areniscas y parecen haber sido comprimidas por el rio, pues todas sus capas tienen una forma contraída. Las aberturas que hay en las rocas son las calles de la ciudad, cuyas casas están construidas en las puntas salientes. El fuerte, situado en la misma márgen, está dominado por la cima de la colina. Al mediodía de la población se abre un gran valle, y mas allá se alza una montaña oblonga que llaman *Karueira*. Todo el pais adyacente es pedregoso y escarpado; pero se suele aprovechar para el cultivo en algunos sitios menos silvestres. Las casas de Teté están techadas con yerba y cañas, y como la obra es de barro, la lluvia ha puesto al descubierto las piedras, dando al conjunto un aspecto miserable. Solo en las cercanías de Mozambique se encuentra cal, y de allí tiene que traerse para ciertas obras. Es evidente que los portugueses ignoran la existencia de los mármoles blancos y de color de rosa que yo he hallado á orillas del rio, piedra de que llevo algunas muestras. Tampoco conocen la dolomita que se halla tambien allí, pues de otro modo no irían tan lejos á buscar la cal.

Teté cuenta unas treinta casas europeas: el resto se compone de cabañas habitadas por los indígenas, y construidas con barro y zarzas. Una muralla de unos 10 pies de altura circuye la ciudad, aunque muchos naturales prefieren vivir extramuros. Puede calcularse su población en cuatro mil quinientas almas; pero solo unas dos mil residen en la ciudad, habitando el resto en el campo. Actualmente es una ruina Teté, en comparacion de lo que ha sido antes. El número de portugueses fuera de la guarnicion, no pasa de veinte. Ultimamente vinieron de Portugal á Senna ciento cinco hombres; pero al cabo de un año murieron veinticinco de fiebre, y los demás se trasladaron á Teté, donde se disfruta mas salud. Sin embargo, el abuso de la bebida y los malos alimentos no permiten esperar que gocen mucho tiempo el beneficio de este cambio de localidad.

En Quilimané la fiebre es tenaz y continua: su duracion es de tres dias, y su tratamiento empieza por anodinos y concluye por las medicinas mas enérgicas.

El fuerte de Teté no es mas que un pequeño edificio cuadrado, á que está unida un cuartel cubierto de paja para la tropa. Tiene pocos cañones, pero en mejor estado que los de algunas fortalezas de Angola. A esto deben los portugueses la conservacion de los puntos que poseen en este pais, donde ha disminuido mucho, sin embargo, su poder.

La ciudad de Senna está situada á 250 kilómetros hácia abajo. El rio por esta parte contiene multitud de islas, donde abundan las cañas y los matorrales. El suelo es fértil; pero los remansos de agua pútrida hacen muy insalubre la ciudad. Sobre una colina

poco elevada hay dos piezas de artillería desmontadas, cuyo objeto es sólo imponer á los indígenas, que una vez mataron ciento cincuenta habitantes de Senna. El paisaje que se descubre mas allá de esta altura es de notable belleza.

Lo que mas me agradó en esta ciudad fue ver á los negros construir barcos por un modelo europeo, sin que nadie dirigiera sus trabajos, si bien habian hecho su aprendizaje bajo la direccion de un calafate portugués.

Algunos de ellos que habian aprendido el oficio de carpinteros en Rio Janeiro, habian construido para el gobernador de Quilimané una casa muy bella con ciertas maderas del pais, que segun dicen, son muy consistentes.

Habiéndome consultado el gobernador á propósito de elegir el sitio mas conveniente para trasladar la población, cuya actual situacion es de las mas insalubres, le aconsejé imitar á los jesuitas que habian fijado su residencia en las montañas del Gorongozo, indicándole el Morumbala. Allí el aire es puro, y el agua sana y abundante, y el Shiré, que serpea en su base, tiene una profundidad que lo hace navegable. He propuesto tambien como establecimiento inmediato la abra de Mitilone, situada en una de las bocas del Zambese, que conviene mejor que el puerto de Quilimané, y donde los portugueses estarían en mas aptitud de ser útiles al pais.

El 9 de mayo volvian á Teté 16 de mis hombres, conduciendo en canoas las mercancías del gobernador. El 11 todos los habitantes de Senna nos acompañaban hasta el rio para despedirnos.

Llevábamos provisiones de todas clases que nos habian suministrado el gobernador y sus gobernados, y emprendimos nuestra navegacion por el Zambese con el tiempo mas favorable.

Ocho de mis hombres quisieron acompañarme hasta Quilimané; esta era la ocasion de hacerles ver el Océano, y consentí á pesar de las privaciones que habia que sufrir. De buena gana hubieran querido tambien venir á Lóndres conmigo, porque Sekeletú les habia dicho á la despedida que fueran á buscar á Ma-Robert (mistress Livingstone), y no volvieran sin ella. Yo habia explicado á su jefe las dificultades de la travesía, pero él me respondió: «A donde quiera que vayais deben seguiros.» Como yo no sabia de qué modo volvería á Europa, les aconsejé que regresaran á Teté, donde los víveres eran abundantes y donde podrian encontrar trabajo hasta mi vuelta.

Después cambié por otros artículos los diez colmillos mas pequeños que me habia confiado Sekeletú, y les dí aquellas mercancías, á fin de que mis compañeros tuvieran vestidos. Quedábanme veinte colmillos, que deposité en manos del gobernador portugués, para que no se pudiera suponer en el



La escolta del doctor embestida por búfalos.

pais que me llevaba el marfil del jefe de los makolos. Para el caso de que yo muriera, rogué á este oficial que vendiera los colmillos, y entregara á mis hombres su importe. Pero conservando la vida, mi intencion era comprar en Inglaterra los objetos que el cacique me habia pedido, reembolsándome á la vuelta con el valor del marfil depositado.

De todas estas disposiciones di noticia á mis hombres, los cuales me dijeron: No padre, no morirás y vendrás con salud para llevarnos cerca de Sekeletú. Prometiéronme luego esperarme, y solo la muerte podrá impedirme volver á reunirme á ellos.

Después de seis semanas de espera, el brick de la marina real el *Frolic* fondeó en las aguas de Quilimane. Tomo pasaje á su bordo para Mauricio llevando solo conmigo á mi fiel Sekuebú, jefe de mis makolos. Este, que era muy estimado de los oficiales y marineros del brick, comenzaba á hablar algo en inglés. Al principio estaba como aturdido. ¡Qué pais tan singular! me decia: Todo agua, agua, agua. Pero se mostraba, sin embargo satisfecho, á propósito de las atenciones de que á bordo era objeto, me dijo más de una vez: «Los blancos sois muy buenos.»

Al cabo de un mes llegamos á la isla de Mauricio, remolcados por un steamer que nos hizo entrar en el puerto. La admiracion de Sekuebú llegó entonces á su colmo. Pero esta tonsion de espíritu habia sido fuerte y continuada, y por la noche llegó á perder el juicio. Al principio creí que estaba embriagado,

pero me engañé. Bajó á la chalupa para ir á tierra, y cuando quise traerlo á bordo, rehuía diciendo: «No, no; quiero morir solo: tú no debes morir. «¡No vendas, ó me arrojó al agua!» Conociendo entonces su demencia, —¡Sekuebú! le dije, ¿no quieres ver á Ma-Robert? «¡Oh! sí, sí, me contestó con voz conmovida. ¿Dónde está?» Y pareció recobrar entonces la razon.

Los oficiales me propusieron asegurarnos su persona poniéndole grilletas; pero como era uno de los principales personajes de su tribu, y los locos suelen acordarse de los malos tratamientos que se les ha hecho sufrir, no quise que Sekeletú me pudiera reprochar un dia el hecho de haber encadenado como á un esclavo á uno de sus magnates.

Procuré, pues, conducirlo á la playa; pero tampoco quiso seguirme. Por la noche volvió á darle otro acceso de locura y acometió con su lanza á un marinero, arrojándose luego al mar. Aunque sabia perfectamente nadar, siguió la cadena que retenia el brick, sin luchar contra las olas, y no volvimos á verlo más, ni aun muerto.

Este acontecimiento me afectó profundamente; pero las primeras noticias que recibí de Inglaterra me afectaron todavía más. Supe que al mismo tiempo que yo bajaba el Zambese, sin aspirar á otra recompensa por mis trabajos que á sentarme en el modesto hogar de mi padre para contarle mis viajes, el buen anciano pasaba á mejor vida.

EL ZAMBESE Y SUS AFLUENTES.

POR DAVID Y CARLOS LIVINGSTONE.

1850-1861.

Llegada á la costa.—El Luavé.—Bocas del Zambese.—El Kongoné.—Festividad del delta.—Colonos.—Canal profundo.—Estado de guerra.—Atrocidades de Mariano.—Encuentro de los rebeldes.—Combate entre los portugueses y los indígenas.—Mazaro.—Zhapanga.—Laudines.—Tributo pagado por los portugueses.—Sena y el señor Ferrao.—Presente.—Cazadores de hipopótamos.—Baobab.—Garganta del Lupata.

Nuestra nueva expedicion salió de Inglaterra el 10 de mayo de 1858 en el steamer colonial *La Perla*, y después de haber recibido en el Cabo la mas generosa hospitalidad, llegamos en el mes de mayo siguiente á la costa de Mozambique. La primera diligencia que debíamos practicar era explorar el Zambese, sus embocaduras y sus afluentes, destinados á servir de grandes caminos á las Misiones y al comercio para penetrar en el interior de Africa.

A cinco ó seis millas de la costa, el verde amarillento del mar fue reemplazado por un agua cenagosa y cargada de restos vegetales, como la de un rio desbordado.

La costa es pantanosa y está cubierta de nópales, entre los cuales hay terrenos arenosos tapizados de yerba, y donde crecen plantas trepadoras y palmeras de escasa altura. Diríjese de Este á Oeste, y no presenta rasgo alguno que pueda servir de guia al caminante. Muy difícil es descubrir la embocadura del rio, pero su profundidad disminuye gradualmente, y cada brazca que se le encuentra de menos indica cerca de una milla.

Entramos en el Luavé, cuya embocadura es tan tranquila, que *La Perla* cuyo calado era de 9 pies y 7 pulgadas, no necesitó ser precedida de la operacion de la sonda.

Un vaporcito que habíamos traído de Inglaterra se colocó en el lugar destinado al anclaje, y dimos principio á la exploracion. Nuestro buque se llamaba el *Ma-Robert*, en honor de missis Livingstone, y que los indígenas, segun su costumbre, bautizaron con el nombre de su hijo mayor.

La bahía es profunda, pero está rodeada de pantanos poblados de nópales. Después de subir un espacio de setenta millas, nos hallamos en una laguna erizada de cañas y otras plantas acuáticas.

Habiendo el Luavé recibido el nombre de Luabo occidental, se supuso que era un brazo del Zambese, cuya ramificacion mas importante se llama Luabo oriental, ó simplemente Luabo.

Al salir de él, el *Ma-Robert* y *La Perla* se dirigieron á una embocadura que es realmente una de las salidas del rio. Recordemos que éste se arroja al mar por cuatro bocas diferentes, que son el Milambé, que es su brazo mas occidental, el Kongoné, el Luabo y el Timbúe ó Muselo.

En la época del desbordamiento del rio, un canal formado por la naturaleza, corre paralelamente á la costa, describe muchas sinuosidades en las lagunas, y proporciona un camino secreto del que se aprovechan los negreros para trasportar los esclavos de Quilimané á las bahías de Masanganu y Nameara, y tambien al Zambese.

Durante mucho tiempo se ha presentado al Kua-kuaó rio de Quilimané como la principal ramificacion del Zambese, del que dista unas 70 millas, lo cual tenia por objeto burlar la vigilancia de los cruceros, haciéndolos espiar esta falsa embocadura, y entre tanto desembarcar los negros, que con toda seguridad eran enviados por la verdadera salida del rio. Los portugueses lo reconocen así, lo dicen y lo sustentan; y, sin embargo, este error se ha propagado recientemente por medio de un mapa formado por el ministerio de las Colonias de Portugal.

Después del exámen de los tres brazos del Zambese, por Mr. Francisco Skead, se convino en que el Kongoné era la mejor entrada del rio.

La barra es estrecha y el paso casi recto, y si se colocaran balizas, y se encendiera un faro en la isla de la Perla, un vapor nada tendria que temer. La barra del Luabo oriental es buena pero larga, y no puede arrostrarse sino con viento de Este ó Nordeste. Este rio se llama algunas veces *Barra Catrina*, y se utilizaba para el trasporte de los esclavos.

El Kongoné está situado al Este del brazo mas occidental del Zambese; hállase á una distancia de 5 millas de él, y á 7 de Luabo, que á su vez dista 5 de Muselo.

Pocos indígenas encontrábamos á nuestro paso. Los que veíamos abandonaban sus canoas no bien nos descubrian, y se ocultaban entre los nópales: prueba evidente de que abrigan una opinion poco favorable de los blancos. Es posible que sean esclavos cimarrones; como quiera que sea, ello es lo cierto que huyen de la esclavitud.

Los búfalos y los jabales de berrugas abundan en los parajes herbosos, como tambien los antilopes,